

• La columna •

LUIS DEL VAL

Me siento cómplice

Formé parte de los jóvenes entusiastas que, a principio de los setenta -con algún riesgo- y, después, a mediados -casi con riesgo nulo- gritábamos lo de "Libertad, Amnistía y Estatuto de Autonomía". Artur Mas no estaba entre nosotros por razones de edad, no por falta de valor, me imagino, y se encontraba estudiando el bachillerato. Allí había gente de pelaje muy diferente. Desde joseantonianos antimonásquicos a experimentados comunistas, desde troskistas venidos a menos hasta demócratas cristianos, y, por supuesto, algún nacionalista.

Nunca pude imaginar que, con el tiempo, comprobaría que había sido compañero de viaje de una casta burguesa, egoísta y antipática, y que, en lugar de agradecerme el apoyo, me ha indicado que formaba parte de la pandilla de ladrones, que, según ellos, es España. (España les roba).

Nunca fui capaz de vislumbrar que entre los nacionalistas habría gente tan miserable, como para animar a los asesinos a que siguieran agitando el nogal para que ellos recogieran las nueces (Arzalluz) ni mezquinos tan insuperables y tan cagones que corrieran a rendir pleitesía a los sayones de la pistola y la bomba para recordarles que mataran murcianos, aragoneses, andaluces y gentes exóticas, pero no catalanes (Carod Rovira).

Nunca intuí que mientras te jugabas un expediente de expulsión, o un par de suspensos, o una manita de hostias en la comisaría, habría unos tipos cuyos padres abrirían cuentas en Suiza, y los terroristas se harían una foto de familia en Durango.

No matizo, porque estoy enfadado consigo mismo, estoy cabreado como un gilipollas, y no me da la gana matizar, siempre y cuando quede bien claro que si hubiera sabido que llegaría un momento en que cada día, tendría que escuchar algo de la melopea del melodrama que lleva por título "Independizar en tiempos revueltos", si lo hubiera previsto, juro por mis hijos que no hubiera movido ni un dedo por la Democracias. Ni uno. Y no me hubiera hecho franquista, porque hay cosas que repelen a la inteligencia tanto como los nacionalismos: las dictaduras.

Las cosas claras y el chocolate espeso

José Miguel Gràcia
La Codoñera

En las líneas que siguen aplicaré la sentencia popular para explicar el problema de Cataluña con España, o con el resto de España, si alguien así lo quieren expresar. Basta ya de tergiversar las cosas con simplificaciones desorientadoras o eufemismos interesados. Lo que pasa en Cataluña es que una mayoría creciente de ciudadanos quieren gobernarse por sí mismos, es decir, no quieren formar parte de una España en la que se sienten discriminados económica y culturalmente. Para entendernos, quieren ser plenamente europeos, pero sin pasar por Madrid. Sobre las causas y el proceso de desafección se ha escrito mucho, pero con tan poco éxito, que hasta tanto no se ha llegado a la situación actual casi nadie se lo creyó.

El lector tiene todo el derecho a no creerse tampoco ahora que sean mayoría los catalanes que quieren la independencia, ahora bien, alguien que crea en la democracia, ¿puede proponer una fórmula para salir de dudas que no sea el recurso a las urnas? Alrededor del 80 por ciento de los catalanes desean decidir acerca de su futuro —derecho a decidir—, unos para votar sí a la independencia y otros para votar no, como es lógico. El recuento de las papeletas dejaría las cosas claras. Por supuesto que cuando se defiende con tanto ahínco el derecho a decidir, lo que se quiere decidir realmente es la independencia. ¡Basta ya de eufemismos!

Seguir dando vueltas a la culpabilidad de Mas y exigir que rectifique, no es otra cosa que desviar la atención del problema y acrecentar los independentistas. De no existir este Mas habría otro "Mas" u otro "Menos".

La aburrida Pascua Militar

Andrés Aberasturi
Periodista



Los que ya vamos teniendo una edad en la que el pasado cuenta más que el futuro solemos refugiarnos en la memoria para confirmar que cualquier tiempo transcurrido en absoluto fue mejor -en general- que el que ahora vivimos. Viene esta batallita de abuelo a cuenta de la hoy apenas importante celebración de la Pascua Militar más allá de la anécdota de si el Rey lleva o no muletas y más acá de la encuesta -otra clase de anécdota- sobre los afectos o desafectos de los españoles por don Juan Carlos o por su hijo el Príncipe de Asturias.

Cuando entonces, cuando lo que se jugaba en España no era "la grossa" de un Mas sin freno ni marcha atrás sino el futuro de la libertad, cuando lo que sonaba en los cuarteles era el famoso "ruido de sables", cuando apenas había día en el que no asomase el tufillo de la amenaza de un posible golpe de estado, la Pascua

Las cosas seguirían igual porque son los ciudadanos los que empujan.

Todos sabemos, o debíamos saber, lo que dice la Constitución al respecto. Todos sabemos, o deberíamos saber, que las interpretaciones de sus preceptos son variables en función de la voluntad política del que hace la interpretación. Se puede acudir al espíritu constitucional, se pueden tener en cuenta las circunstancias cambiantes por el tiempo transcurrido y también se puede cambiar la Constitución. Que nadie infiera de mis palabras que quiero llegar a la conclusión de que todos los preceptos constitucionales son pura retórica, no es mi voluntad. Ahora bien, ¿con que facilidad hemos convertido en pura retórica, todos los preceptos constitucionales que garantizan el derecho al trabajo y a disponer de una vivienda! Si alguien tiene el gusto de repasar la Constitución encontrará muchos ejemplos más de flagrantes incumplimientos constitucionales. ¿Puede un gobierno dismantelar el Estado del bienestar y privar de derechos laborales y sociales tan descaradamente respetando la Constitución?

Esa mayoría de catalanes, que las urnas podrían contabilizar, tiene, equivocadamente o no, un proyecto político nuevo, una esperanza de futuro. ¿Desde la otra parte, qué se le ofrece, que no sea el muro constitucional o las amenazas cuando conviene? ¿Es el miedo un buen remedio para curar las ansias independentistas?

Se afirma desde el Madrid centralista —gobierno, oposición y medios de comunicación— que en el supuesto de una Cataluña independiente quedaría automáticamente fuera de la UE, de la zona euro, de la OTAN y de no sé cuantas instituciones más. Tengo dudas a la hora de calificar dichas afirmaciones, pues unas veces las considero como insensatas, otras como de mala fe, y otras más como pueriles. Si alguien se vería abocado a negociar sería España para intentar repartir la gran carga de su Deuda Pública y desplazar gastos de estructuras hacia Cataluña u obligaciones futuras del Estado, por

Militar era una cita que se columpiaba entre la esperanza y el temor de lo que se pudiera no sólo murmurar en los corrillos sino gritar en voz muy alta en algún momento inesperado. Cuántos voces, cuántos insultos no habrán oído Gutiérrez Mellado y Adolfo Suárez, "el traidor".

En aquellas pascuas militares los oficiales demócratas eran una rara excepción y el ambiente podía cortarse con una tijera para niños. Estaba ETA golpeando casi diariamente y cebándose con las fuerzas de Seguridad y con los propios militares para provocar precisamente una involución en el avance de las libertades. Pero también estaba



ejemplo. ¿Aceptaría Cataluña participar en estos gastos y obligaciones ante un boicot de España en las instituciones europeas? ¿Lo aceptarían dichas instituciones? ¿Qué dirían los poderes financieros?

Si una cosa tengo muy clara es que, pase lo que pase, las cosas no van a seguir igual: un largo proceso de negociación va a tener lugar para bien de todos, con o sin Cataluña: la Constitución habrá de reformarse bajo el riesgo actual de una involución, algunas autonomías resultarán inviables y la capital de España habrá de devenir menos poderosa, menos influyente y con estructuras de Estado muy recortadas, entre otras cosas. Todo ello será así, si se impone la razón, claro está.

Y acabo diciendo que "al pan, pan y al vino, vino" y una buena taza de chocolate negro y espeso al 70 ó 75 por ciento de cacao porque la feniletilamina que contiene protege el sistema cardiovascular y los flavonoides remedian el estrés.

aquel incipiente estado de las autonomías que parecía romper la famosa "unidad de los hombres y las tierras de España" y estaba un PSOE tolerable y un PCE absolutamente maldito.

Hoy nadie espera grandes sorpresas en la Pascua Militar al margen de lo anecdótico. Es verdad que preocupa lo de Cataluña o que cabrea lo de Durango; pero el Ejército sabe -pese a las salidas de pata de banco de algún civil más papista que el Papa- que su papel es otro y por primera vez en muchos años de Historia entiende que está al servicio del Gobierno y no al revés. Es importante que así sea incluso cuando los más imaginativos secesionistas creen

ver en vuelos rutinarios de aviones militares maniobras imagino que para preparar el bombardeo de Barcelona.

Es bueno que la Pascua Militar sea un acto aburrido y sin sorpresas. Dos generaciones de españoles no saben lo que era el antiguo desfiles de la Victoria y otra más nació después de que Tejero montara la que montó mientras muchos capitanes generales de entonces -que acudían a la Pascua Militar como grandes anfitriones- pasaran aquella noche sin saber que era lo más conveniente: conservar los galones o mirar hace otro lado.

Centro de masajes Energéticas
Joaquín Costa 30 2.º 3.ª - TERUEL

CHEQUES REGALO
desde **12€**
BONOS Sesiones
4 sesiones + 1 regalo
9 sesiones + 1 regalo
Masajes de espalda, relajante, circulatorio o drenante, anticelulítico, de piernas
Peeling corporal, facial. Sesiones de sauna

MASAJE AYURVÉDICO
por tan solo **25€**
con aromaterapia 100% totalmente personalizado libera tensiones, relajante
ayurveda 978 608 401 / 619 761 863